

locuciones idóneas y felices : por manera , que este arte al cual está íntimamente unido el mayor encanto del estilo , solo puede ser el resultado de una larga serie de observaciones fugaces y de cuidados escrupulosísimos.

Así es que gustaba de leer sus obras con frecuencia , no por orgullo , sino para enterarse de su claridad y efecto , calidades sin duda acerca de las cuales puede menos un autor juzgarse debidamente á sí propio : pero á fin de conseguir este objeto , jamás buscaba otros oyentes que aquellos que le proporcionaba la casualidad , persuadido de que este era el modo mas conducente para calcular la impresion que causarían en el público. Y no se crea que se contentase con su dictámen ó sus elogios , pues antes bien , á menudo les solía preguntar cual era el sentido que daban á cierta frase , ó la emocion que experimentaban al oirla ; y como no comprendieran su idea ó no sintiesen el efecto que trataba de producir , concluía de aquí que aquella parte de su obra carecia de limpieza , número y energía , y volviéndola tenazmente al yunque refundíala de nuevo. Semejante método es el mas á propósito en orden á los escritos filosóficos que deben hacerse populares : pero pocos serán los autores que tengan la valentía de emplearlo. Sin embargo , no se crea que debe encontrarse la

misma claridad en todas las partes de la historia natural ; pues escribiendo su autor para los sabios y los filósofos así como para el público , supo proporcionar la luz de cada tratado al círculo mas ó menos considerable de lectores de quienes debiera ser comprendido.

Tampoco habrán sido muchos los hombres tan laboriosos como él y tan metódicos en el trabajo. Dotado de una complexion á la vez sana y robusta , y fiel á la obligacion que se habia impuesto de emplear sus facultades hasta tanto que la fatiga y el cansancio le advirtieran de que no debia abusar de ellas ; siempre se hallaba dispuesto á la meditacion y al estudio. En el campo era donde mas le gustaba trabajar ; y por esto mandó construir un gabinete en lo alto de cierta colina que se elevaba á la estremidad de un vasto jardín , en donde pasaba las mañanas enteras , ya escribiendo en solitario retiro , ya meditando por las alamedas del verjel , cuya entrada rigurosamente prohibían á fin de que nadie fuese á distraerle. Allí , en medio de la misma naturaleza que tan admirablemente describia , olvidaba en su contemplacion el lento curso de las horas , volviendo insensiblemente á tomar el hilo que la fatiga pudo interrumpir : mas como esta larga mansion en Montbard no fuese muy compatible con sus atribuciones de tesorero de

la Academia, se asoció por colega á M. Tillet, cuya actividad, discrecion y honradez tenia bien conocidas, para estar seguro de que nunca se quejarian sus consocios de una ausencia tan útilmente empleada.

Al hablar de lo mucho que trabajó en beneficio de las ciencias, jamás deberán omitirse los progresos con que bajo su administracion adelantaron todos los ramos que encierra el Jardin Real. Es verdad que las grandes colecciones no nos dispensan absolutamente de estudiar á la misma naturaleza, por cuanto el conocimiento de la disposicion de los diversos objetos y del lugar que ocupan en la superficie ó en el seno de la tierra no es menos útil que el de sus mismas propiedades, pudiéndose tan solamente vislumbrar á beneficio de semejantes datos el género de correspondencias que guardan entre sí, elevarse hasta su origen, y penetrar las leyes de su formacion; pero no cabe duda tampoco de que solo en los gabinetes puede aprenderse á observar inmediatamente la naturaleza, y juzgar las observaciones propias despues de haberla estudiado en ellos, compararlas y deducir las verdaderas consecuencias, mientras que nos ofrecen la ventaja de poner á nuestros ojos cuanto hubiese podido escapársenos al primer golpe de vista. En su recinto empieza el estudio

del naturalista, y allí mismo puede llegar este á fuerza de trabajo á la última perfeccion de sus ideas. Bajo la direccion del ilustre Conde el Gabinete Real empezó á ser, no una simple galería, objeto de curiosidad ó de lujo, sino un depósito útil para la instruccion pública y los progresos de la ciencia. Este grande hombre habia sabido promover la inclinacion de todas las clases al cultivo de la historia natural; y todos generalmente, como para recompensarle del bien que le debian, se apresuraban á ofrecer á sus pies aquellos objetos curiosos que les habia estimulado á buscar y enseñado á conocer. Los sabios le pagaban igualmente su tributo; y aun aquellos mismos que combatian sus opiniones y su método confesaban sin embargo deber una parte de las propias luces á las verdades que habia publicado, y una porcion no pequeña de su gloria al entusiasmo que consiguió despertar hácia estos nobles conocimientos. Ni se desdeñaban los soberanos de enviarle las producciones raras y curiosas con que enriquecia la naturaleza sus estados; y aunque estos regalos iban dirigidos al Conde en particular, colocábalos no obstante en el gabinete del Monarca, como el sitio mas á propósito para que pudiesen servir á las observaciones de los sabios.

Es digno de recordar que desde los primeros

días de su empleo consagró al aumento y ornato del mismo Gabinete cierta gratificación que le había ofrecido el Gobierno y que no quiso aceptar para sí, á fin de contribuir con ella á su perfeccion, y de tener mayor motivo para solicitar incesantemente los socorros y la proteccion del Soberano.

Bien que fuese la botánica entre los ramos de historia natural la que menos llamaba su atencion, no por esto descuidó el Jardin del Rey, antes bien hizo que participase de las mejoras debidas á tan ventajoso establecimiento. Llevado de semejante idea, ensanchó sus limites, distribuyó cuadros con método singular para la instruccion y el cultivo, y lo dispuso al efecto de que bajo la direccion de hombres ilustrados en botánica viniese á ser, como se manifiesta en el dia, digno monumento de una nacion ilustrada y poderosa. Llegado á este punto de esplendor, no parece ya que haya que temer en orden á su prosperidad las vicisitudes tan frecuentes en épocas de decadencia y de engrandecimiento, cuyos recuerdos nos trasmitió la historia; y mucho menos cuando el ilustre sucesor de Buffon ha contribuido de tal suerte á las miras de este sabio, que con sus trabajos parece dejarlas aseguradas para siempre á la Academia y á las ciencias.

Y no solo debió Buffon á su propia celebridad el remover los obstáculos que se opusieron durante largo tiempo al logro de sus proyectos, sino tambien á su modo de conducirse, y á las alabanzas prodigadas en la *Historia natural* á cuantos desplegaron algun zelo en beneficio de la ciencia: alabanzas consideradas por aquellos que las lograban como segurisimos garantes de la inmortalidad de su nombre. Por otra parte, tuvo siempre el mayor cuidado en adquirir y conservar buen crédito, no solo con los ministros, sino con los empleados de inferior gerarquía, que teniendo á su cargo los pormenores concernientes á las observaciones que se mandaban hacer y á los objetos que se enviaban á buscar, podian contribuir en gran manera á que se evacuaran semejantes comisiones con rapidez y exactitud. Conciliábase la benevolencia de los primeros con no adelantar jamás la menor frase que les pudiera herir y hacer alarde de pretenderles juzgar; y al propio tiempo se grangeaba la amistad de los otros empleando con ellos un tono de franqueza muy propio para lisonjearles, y despojándose de la superioridad que podian imprimirle sus talentos y su gloria. Con tal manejo no descuidaba los medios de contribuir á los progresos de una ciencia, único objeto de su ambicion, y en la cual se hallaban vinculados

su felicidad y el esplendor de su nombre. Era tanto lo que avasallaba sus potencias este último sentimiento, y tan lejos se miraba de toda vulgar ambicion, que cuando llamado por el Rey á Fontainebleau con el objeto de consultarle sobre varios puntos relativos al cultivo y aumento de sus bosques, oyó la honorífica propuesta de que tomase á su cargo la administracion de todos los que se encierran en sus dominios, ni la importancia de este destino, ni el suspirado honor de presentársele un motivo para tener frecuentes conferencias con el Soberano, pudieron deslumbrarle ni persuadirle: conocia que interrumpiendo sus trabajos iba á perder una parte de su gloria; y al propio tiempo que no se le ocultaba la dificultad de hacer bien, preveia ya de muy lejos que su temible superioridad debia acarrearle la envidia de una muchedumbre de cortesanos y de administradores, quienes no dejarian de conspirar contra una elevacion que podia serles fatal.

Viviendo en un siglo en que el espíritu humano quiso tomar un vuelo demasadamente audaz, siglo en que se han examinado todas las opiniones, combatido algunos errores y puesto en ridiculo las mas venerables costumbres, nuestro sabio permaneció tranquilo en medio del movimiento general y ocupado siempre de las

maravillas de la naturaleza, sin tomar parte alguna en las discusiones que empezaban á promoverse acerca de los perniciosos derechos de las naciones y las nuevas gerarquias del órden civil. Tal vez creia que el único medio de destruir los errores fuese multiplicar las verdades de observacion en las ciencias naturales, y que en vez de combatir al hombre en su ignorancia y tenacidad, convenia mas bien inspirarle el deseo de instruirse: mas útil era en su concepto prevenir las generaciones venideras contra el error, acostumbrando al entendimiento humano al pasto de toda suerte de verdades, aun de aquellas que parecen mas indiferentes, que no atacar cara á cara las preocupaciones arraigadas é íntimamente unidas con el amor propio, el interés ó las pasiones de aquellos que las habian adoptado. Aun considerando la cuestion bajo otro aspecto, no ignoraba que los hombres deben hacerse útiles segun su talento é inclinacion: que los unos están destinados á lidiar, los otros solamente á instruir; y que por último, si unos deben á la naturaleza las robustas fuerzas de la persuasion con que arrastran y subyugan al entendimiento, no deja de haber otros cuyo destino les impele á corregirle y rectificarle en sus juicios, consistiendo el verdadero saber de cada uno en adaptarse cuerdamente á su filosofia.

Añádase á esto que el objeto predilecto de Buffon era elevar el apreciable monumento de su *Historia natural*, y dar nuevo órden y forma al Gabinete del Rey, á cuyo fin tenia necesidad de reposo y de grangearse la benevolencia general: siendo así que proponiéndose cualquiera impugnar el error, y aun dejando solamente que se trasluzca su menosprecio hácia él, desde luego no deberá causarle novedad el ver sembrados de inquietud sus dias, y encontrar un atolladero en cada uno de los pasos que á este fin pretendiese dar. El verdadero filósofo debe combatir cuantos enemigos se le presenten en la senda que le conduce á la verdad; pero seria singularmente indiscreto si se empeñase en grangeárselos nuevos con ataques caprichosos é imprudentes.

Pocos sabios, pocos escritores han alcanzado una gloria tan popular como la suya, gloria que fue siempre en aumento á medida que la vejez disminuía para él el círculo de los placeres. Escasas fueron tambien las críticas publicadas contra sus opiniones, ya porque tuvo cuidado de no ofender las de los demas, y ya porque la naturaleza de sus obras no les permitia á los ignorantes elevarse hasta la altura de impugnarlas, mientras que casi todos los sabios se habian hecho poco menos que un deber de guardar silen-

cio, sabiendo la poca utilidad que resulta á las ciencias y el leve honor que se consigue con atacar sistemas que llegan á ser una verdad general si la esperiencia los confirma, ó que se desvanecen por sí mismos si los llega á contrariar.

Por otra parte, Buffon empleó el medio mas eficaz para que no se multiplicasen las críticas, dejando sin respuesta á las que salieron á luz entre los primeros tomos de sus obras; y no es que todas fuesen despreciables, puesto que las de Haller, Bonnet y Condillac, y las de cuantos sabios suministraron materiales al autor de las *Cartas americanas* merecian á buen seguro contestaciones que no siempre hubieran podido satisfacerlas; pero rebatiendo sus ataques, hubiera interesado ya el amor propio de sus adversarios en la continuacion de la critica, perpetuando una guerra en la cual la victoria misma, que jamás podia no obstante ser completa, no le hubiera ni con mucho recompensado la pérdida de un tiempo harto precioso para la marcha de sus proyectos y el logro de la gloriosa nombradía á que aspiraba.

Los soberanos y principes extranjeros que viajaban por Francia se daban prisa á tributar el debido homenaje á sus conocimientos, visitándole en medio de las preciosidades de la naturaleza que á costa de tantos afanes habia reu-

nido. La misma Emperatriz de Rusia prodigaba á nuestro Naturalista señales nada dudosas de su admiracion, enviándole de aquel grande imperio quanto era digno de su curiosidad, y escogiendo con ingeniosa cortesía aquellas producciones raras que podian servir de pruebas para confirmar sus opiniones; pero su gloria llegó al colmo cuando tuvo el honor de recibir en su retiro de Montbard aquel héroe en quien admira la Europa el genio del gran Federico y la humanidad de un sabio, el mismo que se digna ahora mezclar sus lágrimas á las nuestras por tan irresarcible pérdida, y hermosear con sus laureles la modesta sencillez de los honores académicos.

Como todos los afanes de Buffon no se dirigian mas que á un solo objeto, habiase creado por lo mismo un estilo y una filosofía conformes enteramente al gusto que le dominaba, mas bien por medio de sus propias reflexiones, que con el socorro de sus estudios. De ahí es que no debemos admirarnos si, en vez de aquella ligereza y simplicidad que deben caracterizar el estilo de las cartas y demas piezas sueltas, encontramos en las suyas de tanto en tanto algunos rasgos magistrales que dan á conocer al pintor de la naturaleza, indemnizándonos de su falta de flexibilidad, prenda tal vez incompatible con la

indole robusta y vigorosa de su talento: de la misma fuente sin duda tiene origen la severidad de sus juicios y aquella suerte de orgullo que se ha creído notar en él; por quanto la indulgencia supone siempre cierta facilidad de conformarse con las ideas ajenas, y es sumamente difícil por otra parte que no sienta alguna presuncion el que incesantemente ocupado de un objeto grandioso, le desempeña de modo que debe fácilmente observar en los demas la admiracion que les causa por su mucha superioridad.

En su sociedad no le incomodaba la medianía, sino dijésemos aun mejor que gustaba encontrarse con ella; ya porque embebido en sus propias ideas no le llamase particularmente la atencion, ó ya fuese mas bien que prefiriese en general aquellos sugetos que podian distraerle sin contradecirle ni sujetarle al molesto cuidado de prevenir sus objeciones ó de tener que responder á ellas. Sencillo en su vida privada, y tomando sin dificultad el tono de una persona bondadosa, aunque amase por inclinacion la magnificencia y quanto presentaba cierto aspecto de grandeza, conservó hasta en la misma vejez aquella noble urbanidad y muestra de respeto hácia las gentes de elevada clase ó ilustre gerarquia, que habian sido en su mocedad el tono general de los hombres del mundo. Tal vez

se hubiera podido formar un concepto poco favorable de nuestro Conde por estos modos que á las veces parecian afectados, si en circunstancias de alguna mayor consideracion no hubiese manifestado una elevacion de carácter y grandeza de ánimo superiores al interés lo mismo que al resentimiento. Desterrado ahora del trato social por cierta mania de confundir las clases, hemos caido en varios inconvenientes que trae consigo el desprecio del respeto exterior y las cortesanas fórmulas que nos ahorran muchas veces de la doblez, y se oponian siempre á una peligrosa franqueza.

Habiase casado en 1752 con la señorita de San-Belin, jóven cuya escasa fortuna estaba á sus ojos ventajosamente indemnizada por su nacimiento, su hermosura y sus virtudes; y si bien por lo que á él tocaba, el tiempo le habia en parte despojado de aquella primera gallardia juvenil, distinguíase no obstante por su buen talle, aire noble, presencia grave y una fisonomía á la vez afable y majestuosa, mientras que el entusiasmo que inspiraba su talento no hizo reparar á tan recomendable señora en la desproporcion de las edades. Así es que durante aquella época de la vida en que la felicidad conyugal parece limitarse á la amistad y á los recuerdos de un bien mas dulce y mas fugaz que no podemos re-

tener, gozó nuestro sabio del raro placer de inspirar una pasion constante é inocente, en la cual brillaba la admiracion mas profunda con la solicitud amorosa de la mas delicada ternura. Tales sentimientos se echaban de ver en las miradas, en las acciones, en los discursos de Mma. de Buffon, sin que el mas leve sinsabor los entibiase, ni un desagradable accidente los distrajese. Cada nuevo parto del talento de su esposo, cada nueva palma que añadian los hombres á su gloria, eran para ella un manantial de satisfacciones tanto mas dulces, quanto desnudas del orgullo que podia inspirarle el honor de participar de su nombre y de su celebridad; y feliz con el solo placer de admirar lo que tanto amaba, jamás halló cabida en su alma la vanidad, así como nunca se abrigaron en ella sentimientos ajenos de su deber. El Conde de Buffon solo conservó un hijo de tan virtuosa compañera, el mismo que bajo el grado de sargento mayor del regimiento d'Angoumois, honra actualmente en la carrera militar el apellido que eternizó su padre en las ciencias, la literatura y la filosofía.

Durante mucho tiempo estuvo libre este hombre grande de las incomodidades que trae consigo la vejez, conservando con admirable energía la perspicacia de los sentidos y el vigor de

su ánimo; por manera que, siempre ansioso del trabajo lo mismo en sus estudios que en sus recreos, no parecia sino que la edad de la robustez se prolongase en beneficio suyo mas allá de los límites ordinarios. Sin embargo, una dolorosa enfermedad vino por fin á perturbar sus últimos dias, y acelerar el término de tan hermosa carrera: sufrióla Buffon con paciencia, y tuvo aun valor para distraerse de sus padeceres en la meditacion y en la lectura no interrumpidas; pero jamás consintió en libertarse de ella á costa de una operacion peligrosa. El trabajo, el placer de la gloria, y la satisfaccion de continuar en su proyecto de engrandecer el Gabinete Real, eran motivos harto suficientes para hacerle amar la vida; por lo que no pudo resolverse á arriesgarla por la esperanza de un alivio muchas veces momentáneo y seguido otras de penosísimos achaques, que quitándole una parte de sus fuerzas, hubiese podido ser para un espíritu activo como el suyo mas insoportable aun que el mismo dolor que sufría. A lo menos, cual si obrase en esto por una especie de presentimiento, conservó hasta sus postreros instantes la facultad de ocuparse de sus obras y de las atribuciones de su destino, junto con el despejo del entendimiento y la fuerza de su razon, dejando solamente por algunos dias de ser aquel

varon ilustre cuyo genio llenaba la Europa desde cuarenta años á aquella parte.

Las ciencias le perdieron en 16 abril de 1788. Al desaparecer tales hombres de la superficie de la tierra, despues de los primeros estremos del entusiasmo aumentado por el dolor, y á los últimos gritos de la envidia moribunda, sucede desde luego un silencio formidable, durante el cual se prepara lentamente el juicio de la posteridad: vuélvese á leer, para examinarlo con calma, aquello mismo que antes se habia leído para dar pábulo á la admiracion ó materia á la crítica, ó por el vano pasatiempo solamente de discurrir acerca de obras que habian promovido una sensacion general. Poco á poco se van esparciendo dictámenes concebidos con mas reflexion, y esplicados con mayor libertad; se modifican, se corrigen mutuamente, y al fin elevase una voz casi unánime para pronunciar el último fallo, que rarísima vez los siglos venideros deben revocar.

Y este fallo será favorable á Buffon, no pudiendo menos de colocarle para siempre en el corto número de filósofos cuyas obras admiran aun las mas remotas generaciones. Consérvase en la memoria, generalmente hablando, el nombre de aquellos ingenios que ilustraron el espíritu humano; examínanse sus progresos y se ana-



lizan sus opiniones : pero rara vez se consultan en sus mismas obras, en razon de que el espíritu particular del siglo en que han escrito y del país en que vivieron mezclan en ellas ideas oscuras, vagas y ajenas de las ciencias que trataron, sin que las gracias y el sabor del buen lenguaje puedan recompensar estos inevitables efectos del tiempo y de los progresos del entendimiento humano : sin embargo, el sublime Naturalista de quien hablamos deberá ser exceptuado de esta regla general, y la posteridad colocará sus escritos al lado de los inmortales diálogos del discípulo de Sócrates, y de las instructivas pláticas del filósofo de Túsculo.

Si consultamos por otra parte los anales de las ciencias, solo hallaremos dos sabios que por la naturaleza de sus obras guarden alguna analogía con el Conde de Buffon. Tales se manifiestan Aristóteles y Plinio : infatigables como él, asombrosos por la inmensidad de sus conocimientos, no menos que por la osadía de los planes que concibieron y ejecutaron, respetados en vida, y honrados por sus conciudadanos después de su muerte ; su gloria ha sobrevivido á la revolucion de las opiniones y de los imperios, á las naciones cuyos individuos fueron, y á las mismas lenguas que hablaron : y su ejemplo parece prometerle á Buffon un porvenir no menos glorioso que duradero.

Aristóteles distinguió el mecanismo de las operaciones del entendimiento con la mayor exactitud y penetracion, dignas del filósofo que supo fijar igualmente los principios de la elocuencia y de la poesía, dictando á la razon y al buen gusto las leyes mismas que respetan aun ; y finalmente, dió el primer ejemplo, por desgracia prontamente olvidado, de estudiar á la naturaleza con el solo fin de conocerla y de observarla con método igualmente que con exactitud.

Individuo de una nacion menos sabia, Plinio fue mas bien recopilador de noticias que filósofo observador ; pero como abarcaba su plan todas las empresas de las artes y todos los fenómenos de la naturaleza, entraña su obra las memorias mas estensas y luminosas que nos haya dejado la antigüedad para servir de materia á la historia de los progresos de la especie humana.

Pero Buffon ha reunido en un siglo mas ilustrado sus propias observaciones á todas cuantas le suministraron sus incalculables lecturas. Su plan no es tan vasto como el de Plinio, pero está ejecutado de un modo mas completo, mientras que para rivalizar con el mas sutil de los ingenios, presenta y discute los mismos efectos que Aristóteles solo se habia atrevido á indicar.

Esforzándose el filósofo de Grecia en dar á su estilo el nervio de las ideas, y comunicarle una

concision metódica y severa, solo habló directamente á la razon, como desdenándose de divertir la fantasía.

Plinio, en el calor de su lenguaje noble, grave y enérgico, deja traslucir á cada paso rasgos de una imaginacion robusta, aunque lúgubre, y de una filosofía regularmente profunda, si bien que por lo comun austera y melancólica.

Mas ameno el Conde de Buffon, mas brillante y pródigo de imágenes, une el nervio á la fluidez, y las gracias á la majestad; y teniendo su filosofía un carácter menos decidido, es sin embargo mas veraz y consoladora. Aristóteles no parece haber escrito sino para los sabios, y Plinio para los filósofos: el Conde de Buffon para todos los hombres ilustrados.

Aristóteles se ocupa quizás de aquella vana metafísica de palabras, vicio peculiar de la filosofía griega, que no pudo arrojar de sí, sin embargo de estar dotado de tan superior entendimiento.

La credulidad de Plinio le hace llenar sus páginas de mil especies fabulosas, que necesariamente hacen dudar de la certeza de los demas hechos, aun cuando no deban colocarse en la clase de los prodigios.

Tambien se reprende á Buffon por la multitud de sus hipótesis, pudiendo decirse que son

estas igualmente una suerte de fábulas, pero fábulas producidas por una imaginacion fogosa que no puede contenerse en los ámbitos del mundo fisico, y no por una imaginacion crédula que cede fácilmente á las impresiones ajenas.

Se admirará fácilmente en Aristóteles el genio de la filosofía griega; estudiáremos en los tratados de Plinio el carácter de los antiguos y el adelantamiento de sus artes, buscando en el mismo aquellos golpes que llegan al alma y la cubren de una melancolía profunda: pero los que aspiren á ejercitar su sensibilidad, lo mismo que á instruirse realmente, leerán una y mil veces á Buffon. Sus brillantes escritos escitarán en todas épocas un entusiasmo útil para las ciencias naturales; y los hombres le deberán por mucho tiempo el dulce embeleso que percibe un alma nueva al contemplar la naturaleza por primera vez, y los suaves consuelos que se derraman sobre el alma rendida ya de cansancio en las borrascas de la vida, cuando reposa su meditacion en la inmensidad de seres que la influencia del Todopoderoso mantiene apaciblemente sometidos á las leyes perennes y necesarias de su armonía.